

ejército en que está el rey, no se parece mucho á un regicidio? Carlos, recuérdese bien, fué condenado á muerte por personas á quienes exasperaba una resistencia de muchos años, y que no le habian estado ligados por otros vínculos mas que los de cualquier súbdito. Las personas que arrojaron del trono á Jacobo, que sedujeron su ejército, que le enajenaron la voluntad de sus amigos, que empezaron por apresarle en el palacio y concluyeron por expulsarle de él, que interrumpian su sueño con mensajes imperiosos, que le persiguieron á fuego y sangre de provincia en provincia, que ahorcaron, atormentaron y desuartizaron á sus adictos, que comprendieron en la sentencia su inocente heredero... eran su sobrino y sus dos hijas. Cuando se reflexiona sobre esto, cuesta trabajo creer que los mismos que el 5 de noviembre dieron gracias á Dios por haber conducido de la mano milagrosamente á su siervo el rey Guillermo hasta el trono de Inglaterra, pudiesen, el 31 de enero, asustarse de la sangre del rey mártir, y rogar al Cielo que impidiese recayera sobre ellos y sobre sus hijos.

Repetimos que no aprobamos el suplicio de Carlos, no porque la constitucion exima al rey de toda responsabilidad, pues sabemos que tales máximas, aunque excelentes, admiten excepciones; no porque sintamos la mas mínima simpatía hácia su carácter, pues creemos que le definió exactamente su sentencia: *Tirano, traidor, homicida y enemigo público*; sino porque estamos convencidos de que aquel paso perjudicó mucho á la causa de la libertad. El hombre condenado á morir era un prisionero, un rehen; su heredero, á quien inmediatamente se transfirió el homenaje de todos los realistas, era libre: los presbiterianos no se hubieran reconciliado jamás con el padre; pero la enemistad no era tan profunda entre ellos y el hijo. Además, la multitud miró este acto con sentimientos, que aunque irracionales, no podían arrosarle impunemente por ningún gobierno.

Censurando, pues, la conducta de los regicidas, consideramos, sin embargo, la de Milton bajo muy diverso aspecto. El acto estaba consumado, consumado irrevocablemente; en otros términos, estaba hecho el mal, y se trataba de disminuirlo en lo posible. Censuramos al jefe del ejército por no haber cedido á la opinion popular; pero no podemos censurar á Milton por haber deseado cambiar esta opinion. El mismo sentimiento que nos hubiera impedido cometer el acto, nos habria inducido, una vez consumado, á defenderlo contra las extravagancias del servilismo y de la supersticion. Por amor á la libertad pública, nos pesa de que el hecho aconteciese, pues que el pueblo lo desaprobó; por el mismo amor hubiéramos querido que el pueblo lo aprobase despues de consumado. Si alguna razon faltara á la justificacion de Milton, nos la suministraría el libro de Saumaise. Esta miserable produccion es hoy considerada justamente como un aviso para esos

charlatanes que la echan de escritores políticos; y solo la celebridad del que lo refutó le ha dado algun valor ante la generacion actual. Entónces, el estado de las cosas no era el mismo; no se comprendia aun bien el vasto intervalo que separa al simple erudito clásico del filósofo político; y es indudable que un tratado que llevando á la cabeza el nombre de tan eminente crítico, atacaba los principios fundamentales de todos los gobiernos libres, hubiera producido un efecto perniciosísimo sobre el espíritu público si hubiese quedado sin respuesta.

Los enemigos de Milton le objetan además su conducta bajo el gobierno del Protector. Á primera vista parece extraordinario que un hombre entusiasta de la libertad aceptase un puesto bajo un usurpador militar; pero todo era entónces extraordinario en la situacion del país. La ambicion de Cromwell no era vulgar; ni está probado que desease el poder despótico. Al principio combatió sincera y lealmente en favor del parlamento, cuya causa no abandonó hasta que el parlamento dejó de cumplir con su deber. Si acabó disolviéndolo en nombre de la fuerza, fué solo despues de convencerse que el pequeño número de sus individuos, que habian sobrevivido á tantas muertes, divisiones, expulsiones, pensaban apropiarse un poder que no habian recibido jamás en depósito, y de aplicar á Inglaterra el azote de una oligarquía á la veneciana. Pero aun cuando se encontró colocado por la violencia al frente de los negocios, Cromwell no se arrogó un poder sin límites; dió al país una constitucion mas perfecta que ninguna de las conocidas hasta la fecha, y reformó el sistema representativo con reglamentos que arrancaron elogios al mismo lord Clarendon. Es verdad que pidió para sí el primer puesto en la República; pero con poderes casi iguales á los de un estathouder holandés ó de un presidente americano. Concedió al parlamento intervencion en el nombramiento de los ministros, y le dejó toda la autoridad legislativa, sin reservarse mas que el *veto*; ni siquiera reclamó la herencia de la principal magistratura en su familia. Así, pues, considerando imparcialmente las circunstancias del tiempo y las ocasiones que tuvo de consolidar su grandeza, nada perderá en la comparacion con un Washington ó con un Bolívar. Si á la moderacion de Cromwell hubiese correspondido el parlamento con igual moderacion, no hay motivo para creer que hubiera traspasado el límite que él mismo se fijara; pero cuando vió á sus parlamentos poner en duda la autoridad que presidia sus reuniones, corriendo riesgo de ser despojado del poder restringido, absolutamente necesario á su seguridad personal, adoptó una política mas arbitraria.

Sin embargo, aunque creemos que las intenciones de Cromwell fueron al principio leales, y que la fuerza irresistible de las circunstancias le obligó á desviarse del noble camino que se habia trazado; aunque admiremos, de acuerdo con los hombres de todas las opiniones, el ta-

lento y energia de su administracion, no pretendemos á un gobierno arbitrario é ilegal, ni aun en tales manos, convencidos como estamos de que una buena constitucion vale infinitamente mas que el mejor despota. Pero creemos que en tiempo del protectorado, la violencia de las iras políticas hizo casi imposible un gobierno estable y regular. No se trataba de elegir entre Cromwell y la libertad, sino entre Cromwell y los Estuardos. ¿Fué acertada la eleccion de Milton? No lo dudará cualquiera que compare los sucesos del protectorado con los de los treinta años siguientes, los años mas funestos y vergonzosos de la historia inglesa. Cromwell establecia evidentemente, aunque de un modo irregular, las bases de un admirable sistema; pero hasta entónces la nacion no habia gozado tanta libertad religiosa y de discusion; nunca el honor nacional habia sido mejor mantenido en lo exterior ni el puesto de la justicia mejor ocupado en lo interior. Las instituciones de Cromwell, tales como constan en los documentos constitutivos (*Instrument of government. — Humble petition and advice*) eran excelentes. Es verdad que su práctica disientia demasiado á menudo de la teoría; pero si hubiese mandado algunos años mas, es probable que sus instituciones le sobrevivieran, y que las arbitrariedades muriesen con él. Su poder no estaba consagrado por inveteradas preocupaciones ni se sostenia mas que por sus grandes cualidades personales; así era poco de temer un segundo protector, no siendo un segundo Oliverio Cromwell. Los acontecimientos que siguieron á su muerte son la mejor justificacion de los que le apoyaron en vida; pues aquella muerte fué la señal de una descomposicion social. El ejército se sublevó contra el parlamento; los varios cuerpos del ejército se sublevaron unos contra otros; las sectas contra las sectas, las facciones contra las facciones; en la impaciencia de vengarse de los independientes, los presbiterianos sacrificaron su libertad y abandonaron sus antiguos principios: sin echar una ojeada á lo pasado, sin exigir ninguna condicion para lo porvenir, arrojaron sus derechos de hombres libres á los piés del mas frívolo y egoísta de los tiranos.

Entónces siguieron aquellos dias vergonzosos, dias de servilismo sin realismo, de sensualidad sin amor, de pequeños talentos y grandes vicios: el paraíso de los corazones frios y de las almas mezquinas; la edad de oro de los viles, de los fanáticos, de los esclavos. El rey de Inglaterra se humilló ante el de Francia, su rival, para poder pisotear á su propio pueblo; se contentó con reinar á gusto de Luis XIV, y doblegándose sin escrúpulo, presentó la mejilla á sus bofetadas, la mano á su oro, estimándose feliz con su complaciente infamia. Caricias de prostitutas y burlas de bufones de corte regularon las órdenes de un gobierno que solo tenia talento bastante para engañar, y religion para

perseguir. Los principios de la libertad sirvieron de mofa á los cortesanos y de anatema á las dignidades de la Iglesia. En todos los altares se tributó homenaje á Carlos y á Jacobo, el Belial y el Moloc de Inglaterra, ídolos obscenos y crueles, á quienes la nacion sacrificaba sus mejores y mas valientes hijos; un delito sucedió á otro delito, una humillacion á otra humillacion, hasta que la raza maldecida de Dios y de los hombres fué expulsada segunda vez y anduvo errante sobre la haz de la tierra, marcada por el desprecio de las naciones.

Muchas de nuestras reflexiones acerca del carácter político de Milton no le convienen sino como á uno de los individuos de una numerosa clase; indiquemos algunas particularidades que le distinguen entre sus contemporáneos. La Inglaterra se dividia en muchos partidos; pero aquí no hablamos de los hombres que pasaron de uno á otro, pues en las conmociones públicas cada partido tiene, como un ejército en la India, una multitud supernumeraria, que ronda al rededor del campamento, ó sigue su marcha, esperando coger algun botín á la sombra de la bandera, y que desierta el día del combate, y á menudo despues de la derrota se pasa al vencedor para exterminar con él á los vencidos. No faltaban á Inglaterra esos políticos egoístas y cobardes que sirviendo á todo gobierno nuevo, habian besado sin repugnancia ni vergüenza la mano de Carlos en 1640, y le escupieron al rostro en 1649; que saludaron con sus aclamaciones á Oliverio Cromwell, entronizado en la abadía de Westminster, y ultrajaron su cadáver en Tyburn; que comieron con *cabezas de ternera* para burlarse del rey, y con *rabos* para burlarse del parlamento. No nos cuidamos de tales gentes ni juzgamos á los partidos sino por la conducta de aquellos que realmente merecen llamarse hombres de partido.

Empecemos por los puritanos, es decir, por el partido mas notable quizá en la historia. Lo que habia de odioso y ridículo en su carácter, no pasa de la superficie, encontrándose observadores bastante malignos para darle realce sin profundizar mas. Despues de la Restauracion, la burla y la invectiva se ocuparon durante algunos años en zaherirlos, sacándoles á relucir en los periódicos y teatros. Sin instruccion é impopulares como secta, no podían defenderse por sí, ni el público los hubiera tomado bajo su proteccion; de manera que se vieron entregados sin misericordia á las sátiras y á los escritores dramaticos. La afectada sencillez de su vestido, su tétrico aspecto, su acento nasal, sus prolifas oraciones, sus nombres bíblicos, las frases de la Escritura que citaban á cada propósito, el desprecio de los conocimientos profanos, la aversion á las distinciones sociales, daban materia á los burlones; pero no debe estudiarse entre estos la filosofía de la historia. Excelentes escritores no han sabido librarse del ridículo:

los biógrafos sucesivos, fueron escritas por Eduardo Philips, su sobrino, en 1694. Cuatro años despues apareció la vida escrita por To-land, donde se contienen curiosas indagaciones sobre el autor del *Eikon Basilike*. Existe tambien una escrita por Fenton, en 1727; otra por Peck, en 1740, con hechos nuevos pero con escasa crítica; la del obispo Newton, en 1750; la de Birch, en 1753; la del pintor Richardson, de poco mérito; la de Johnson, á la que siguió una de Hayley, tan galante como áspera era la precedente; mencionaremos asimismo la extravagante Memoria del doctor Simmonds, y una de Todd, que recogió minuciosidades no observadas por los anteriores; Juan Mitford publicó una nueva vida, escrita con esmero y con calma. La de Egerton Brydes, que precede á la edicion de los poemas, hecha en 1835, es de escaso mérito. En la de Guillermo Carpenter se observa un objeto político. Últimamente, en 1839, escribió Roberto Bell otra para la *Cabinet Cyclopædia* de Lardner en 1839.

El juicio anterior está tomado de Macaulay, y sin que aceptemos todos sus asertos, ni mucho ménos las inducciones, nos ha parecido deber insertarlo, sobre todo para dar una idea del poeta de los tiempos cultos.

Hazlitt, que consideraba viles los artificios de la crítica, mientras llenaba su altísimo objeto, nos ha dejado algunos hermosos rasgos sobre la índole del ingenio de Milton; y es de lamentar solamente que este escritor, tan capaz bajo todos conceptos de penetrar hasta el fondo del asunto, no se extendiese mas en la materia. En sus *Lectures on the english poets* ofrece vislumbres de la grandeza de Milton, demasiado escasos para satisfacer nuestra curiosidad, pero que revelan algunos de esos delicados caracteres que, vistos una vez, jamas se olvidan. Júzguese por el siguiente pasaje:

« Milton no escribe movido de un impulso casual, sino despues de considerar detenidamente su fuerza, y con la resolucion de hacer cuanto de él dependa. Trabaja siempre y casi siempre con buen resultado. Se fatiga mucho para decir cosas bellísimas, pero las dice. Adorna y ennoblece el asunto cuanto es dable al ingenio humano, y lo rodea de hermosura y grandeza moral, intelectual ó física. Perfecciona las descripciones de la belleza, añadiendo dulzura á dulzura, y eleva las imágenes del terror á una altura gigantesca, en comparacion de la cual el Monte Osa se convierte en un simple peñasco. En Milton se ve siempre el esfuerzo; en Shakspeare jamas.

» Milton ha tomado prestado mas que ningun otro escritor y bebido en todas las fuentes de imitacion, así sagradas como profanas; sin embargo, se diferencia enteramente de todos los demas escritores. Es compilador de centones, y á pesar de eso, cede apenas en originalidad á Homero. El poder de su inteligencia está impreso en cada verso, y el fervor de su imaginacion funde, digámoslo así, y hace maleables,

como dentro de un horno, las materias mas heterogéneas.

» Leyendo sus obras, nos sentimos como bajo la influencia de un entendimiento poderoso, que se distingue de los demas cuanto mas se acerca á ellos. En él la cantidad del arte muestra la fuerza de su ingenio, pues el peso de las obligaciones que imponia á su entendimiento, hubiera abrumado á cualquier otro escritor. La doctrina de Milton deja entrever la intuicion; describe objetos que solo conoce por la lectura, y los describe con la misma vivacidad que si los hubiese visto con sus propios ojos. Su imaginacion tiene la fuerza de la naturaleza, y hace hablar las palabras cual si fuesen pinturas.

En otro lugar venga á Milton de la acusacion de infidelidad que algun crítico habia hecho á sus imágenes:

« Igual profundidad de impresion se encuentra en sus descripciones de los objetos sensibles, sean colores, olores ó sonidos; su mente penetra del modo mismo en todo lo que atrae su atencion. La critica objetó, es cierto, á Milton que sus ideas eran mas bien musicales que pintorescas; como si por ser musicales en sumo grado, debiesen (para mantener el equilibrio de la balanza crítica, que exige no posea ninguno á un tiempo dos cualidades) escasear proporcionalmente bajo otros respetos. Pero la poesía de Milton no es tan pobre en asuntos; su culto de las musas no era tan sencillo y circunscrito. Se eleva un sonido, semejante á un vaporoso perfume; sentimos la melodia del órgano, pero aun está el incienso sobre el altar y colocadas al rededor las estatuas de los dioses. Es verdad que el oido predomina sobre la vista, porque está mas inmediata la accion que obra en ella, y porque la lengua de la música se funde mas inmediatamente, y forma un acompañamiento mas natural con las variables é indefinidas asociaciones de ideas presentadas por las palabras. Pero cuando las asociaciones de la imaginacion no son lo principal, el objeto individual es representado por Milton con igual fuerza y belleza. En efecto, las personas de Adán, Eva, Satanas, etc., van siempre acompañadas en nuestra imaginacion por la grandiosidad de lo desnudo, y nos dan la idea de la escultura.»

Hablando de su versificacion dice:

« El verso de Milton es el único verso suelto (si se exceptúa el de Shakspeare) que merece el nombre de tal. Johnson, que habia modelado sus ideas de versificacion por el sonido regular de Pope, condena el *Paraiso perdido* como áspero y desigual. No diré que no se le pueda quizá imputar esto, pues cuando se aspira á un grado de perfeccion que traspasa las reglas mecánicas del arte, el poeta no puede ménos de caer alguna vez. Pero, en mi dictámen, hay en Milton mas ejemplos perfectos de expresion musical ó de una adaptacion del sonido y del movimiento del verso al significado del pasaje

como dentro de un horno, las materias mas heterogéneas. »

» Leyendo sus obras, nos sentimos como bajo la influencia de un entendimiento poderoso, que se distingue de los demas cuanto mas se acerca á ellos. En él la cantidad del arte muestra la fuerza de su ingenio, pues el peso de las obligaciones que imponia á su entendimiento, hubiera abrumado á cualquier otro escritor. La doctrina de Milton deja entrever la intuicion; describe objetos que solo conoce por la lectura, y los describe con la misma vivacidad que si los hubiese visto con sus propios ojos. Su imaginacion tiene la fuerza de la naturaleza, y hace hablar las palabras cual si fuesen pinturas.

En otro lugar venga á Milton de la acusacion de infidelidad que algun crítico habia hecho á sus imágenes:

« Igual profundidad de impresion se encuentra en sus descripciones de los objetos sensibles, sean colores, olores ó sonidos; su mente penetra del modo mismo en todo lo que atrae su atencion. La critica objetó, es cierto, á Milton que sus ideas eran mas bien musicales que pintorescas; como si por ser musicales en sumo grado, debiesen (para mantener el equilibrio de la balanza crítica, que exige no posea ninguno á un tiempo dos cualidades) escasear proporcionalmente bajo otros respetos. Pero la poesía de Milton no es tan pobre en asuntos; su culto de las musas no era tan sencillo y circunscrito. Se eleva un sonido, semejante á un vaporoso perfume; sentimos la melodia del órgano, pero aun está el incienso sobre el altar y colocadas al rededor las estatuas de los dioses. Es verdad que el oido predomina sobre la vista, porque está mas inmediata la accion que obra en ella, y porque la lengua de la música se funde mas inmediatamente, y forma un acompañamiento mas natural con las variables é indefinidas asociaciones de ideas presentadas por las palabras. Pero cuando las asociaciones de la imaginacion no son lo principal, el objeto individual es representado por Milton con igual fuerza y belleza. En efecto, las personas de Adán, Eva, Satanas, etc., van siempre acompañadas en nuestra imaginacion por la grandiosidad de lo desnudo, y nos dan la idea de la escultura.»

Hablando de su versificacion dice:

« El verso de Milton es el único verso suelto (si se exceptúa el de Shakspeare) que merece el nombre de tal. Johnson, que habia modelado sus ideas de versificacion por el sonido regular de Pope, condena el *Paraiso perdido* como áspero y desigual. No diré que no se le pueda quizá imputar esto, pues cuando se aspira á un grado de perfeccion que traspasa las reglas mecánicas del arte, el poeta no puede ménos de caer alguna vez. Pero, en mi dictámen, hay en Milton mas ejemplos perfectos de expresion musical ó de una adaptacion del sonido y del movimiento del verso al significado del pasaje

la suya. Sentia el encanto de las ficciones orientales; se prendaba de las extrañas creaciones de la Arabia Feliz, y mas aun del espíritu novelesco de la caballería y de las maravillosas relaciones que le servian de expresion. Así su poesía nos recuerda el Océano que añade á su inmensidad las contribuciones de todas las comarcas de la tierra. Sus conocimientos no eran solo vastos en el reino de la imaginacion; Milton recorrió todo el campo explorado del saber. Impuesto en muchos idiomas, podia muy bien apropiarse la doctrina atesorada en todos los países donde el entendimiento se habia cultivado. La historia natural, la metafísica, la moral, la historia, la teología y la ciencia política, tanto de su tiempo como de las edades pasadas, le eran familiares. No ha habido entendimiento mas vasto que el suyo, y nos complacemos en citar á Milton como un ejemplo práctico de las ventajas de la cultura universal que forma uno de los caracteres distintivos de nuestra época, y que algunos miran como contraria á la originalidad del pensamiento. No debe olvidarse que la mente humana es de suyo expansiva. Su objeto es el universo; este es estrictamente uno, ó está ligado por medio de infinitas conexiones y correspondencias. Así su natural progreso consiste en pasar de uno á otro campo del pensamiento, y donde quiera que se encuentre poder original, genio creador, la mente, lejos de distraerse ú oprimirse por la variedad de sus conocimientos, verá siempre mejor las relaciones comunes y las ocultas y hermosas analogías en todos los objetos del saber; verá difundirse una luz reciproca de verdad á verdad, y obligará, como por medio de un poder regio, á todo lo que comprende, á conceder algun tributo de prueba, de ilustracion ó de esplendor á cualquier asunto que se proponga tratar (1). »

Por último, Victor Hugo dice:

« Si alguna composicion literaria lleva en sí el sello indeleble de la meditacion y de la inspiracion, es el *Paraiso perdido*. Una idea moral que toca al mismo tiempo las dos naturalezas del hombre; una terrible leccion dada en versos sublimes; una de las mas altas verdades de la religion y de la filosofía, desarrollada en una de las mas bellas ficciones poéticas; la escala entera de la creacion recorrida desde el grado mas elevado hasta el mas infimo; una accion que empieza por Jesus y termina con Satanas, Eva arrastrada por la curiosidad, por la compasion, por la imprudencia, hasta la perdida; la primera mujer en contacto con el primer demonio: todo esto lo presenta la obra de Milton, drama sencillo é inmenso, cuyos artificios son sentimientos; cuadro mágico que hace suceder á todas las tintas de luz todas las gradaciones de tinieblas; faena singular que atrae y asombra (2).

(1) *Remarks on the character and writing of Milton*, por el doctor Canning.

(2) *Idees au hasard*.

(4) *Lectures on the english poets*, por William Hazlitt. Londres, 1818.

Ecco il fonte del riso, ed ecco il rio
Che mortali perigli in sè contiene,
Or qui tenere a fren nostro desio,
Ed esser cauti molto a noi conviene (1).

(Ved la fuente de la risa, ved el rio que contiene en sí peligros mortales. Aquí es preciso refrenar nuestros deseos y ser muy cautos.)

Pero no eran, no, fanáticos vulgares esos hombres que impelieron al pueblo á la resistencia; que dirigieron al país durante una larga serie de años; que con los materiales mas ingratos formaron el mejor ejército de Europa; que derribaron al rey, la Iglesia, la aristocracia; que en los breves intervalos de la sedición y de la guerra civil, esparcieron por todo el globo el terror del nombre inglés. La mayor parte de sus absurdos no eran mas que signos exteriores, como los de los francasones ó el hábito de los frailes. Lástima que estos signos no tuviesen mas atractivo; lástima que esta asociación, á cuyo valor y talentos tanto debió la especie humana, no mostrase la noble elegancia de algunos cortesanos de Carlos I, ó las fáciles maneras de la corte de Carlos II, pero, en caso de elección, imitarémos al Basanio de Shakspeare, que se alejó de las cajas brillantes que contenían la cabeza del muerto y la del loco, y prefirió el ataud de plomo donde estaba el tesoro.

No contarémos á todos los realistas en el número de aquellos palafreneros, de aquellos jugadores y espadachines, á quienes la esperanza de la licencia y el saqueo indujo á salir de las guaridas de White-Friars para ponerse bajo la bandera de Carlos, y que deshonraron á sus compañeros con excesos no tolerados jamas por la disciplina del ejército parlamentario. Aunque persuadidos de que la causa del rey no era la de la nación, no podemos ménos de mirar con complacencia á los caballeros honrados de su parcialidad; muy superiores á esos instrumentos que los déspotas tienen que emplear en otros puntos, á los mudos de sus antecámaras, á los genizaros que custodian sus palacios. Los realistas ingleses no eran abyectos cortesanos, que se arrodillaban á cada paso, que se sonreían á cada palabra del señor; no eran simples máquinas destructoras, con divisa, valientes á fuerza de vino, que defienden el trono sin amor y hieren al enemigo sin ira. Había libertad en su afecto, nobleza en su sumisión; el sentimiento de la independencia vivía en ellos; servían una mala causa, pero no por motivos bajos y egoístas. La compasión del regio infortunio, un sentimiento de honor novelesco, preocupaciones de la niñez, los nombres venerables de la historia, formaban á sus ojos una fascinación poderosísima como la de Alcina, y como los paladines, creían combatir por una belleza ultrajada, mientras que defendían á una pérfida

(1) *Jerus. ib.* XV, 57.

encantadora. En realidad, se cuidaban poco del principio de la cuestión política; tomaban las armas solamente para sostener la antigua bandera que en tantas batallas había flotado sobre la cabeza de sus padres, ó los altares donde habían recibido la mano de la esposa. Cualquiera que fuese el error de sus opiniones, poseían en mas alto grado que sus enemigos las cualidades que hermosean la vida privada; adoleciendo de muchos vicios de la Tabla Redonda, tenían también muchas virtudes, como por ejemplo, la cortesía, la generosidad, la franqueza, la ternura, el respeto á las mujeres; cultivaban mejor que los puritanos las ciencias y la literatura; sus costumbres eran mas cultas, su humor mas amable, mas elegantes sus gustos, mas alegre el interior de sus casas.

Milton no pertenecía precisamente á ninguna de las especialidades que acabamos de designar; no era puritano, libre pensador ni caballero; su carácter reunía las mas nobles cualidades de todos; había en él como una elección de dotes y elementos armónicos, que pertenecían juntamente al parlamento y á la corte, á los conventículos protestantes y al claustro gótico, á los círculos fúnebres de los Cabezas redondas y á los hogares hospitalarios de los caballeros; como los puritanos, vivía siempre á la vista del Divino Criador; elevaba, como ellos, constantemente el pensamiento á un juez todopoderoso y á una recompensa inmortal; á ellos debía el desprecio de las circunstancias exteriores, el valor, la constancia, la inflexible resolución; pero el mas frío escéptico y el burlo mas profano no estaban mas exentos que él del contagio de sus alucinaciones extravagantes, de sus rudas maneras, de su ridícula jerigonza, del desprecio de las ciencias humanas, de la aversión á los encantos de la vida. Aborreciendo francamente la tiranía, poseía sin embargo todas las cualidades estimables que se consideraban patrimonio exclusivo de los partidarios de la monarquía. Nadie apreciaba mas que él la literatura, las artes, el honor caballeresco, las delidanzas amorosas. Aunque de opiniones democráticas, tenía gustos de realista y de noble, sentimientos de caballero; pero ni era amo ni esclavo. Como el héroe de la *Odisea*, gozaba de todos los placeres del encanto, sin estar encantado; oía la canción de la sirena, y se deslizaba junto á la fatal orilla, sin ser seducido; llevaba los labios á la copa de Circe, pero poseía un antídoto seguro contra los efectos del mágico breva; jamas las ilusiones de la fantasía turbaban su razón. El político estaba revestido de una coraza á prueba de los encantadores que fascinaban al poeta. Para comprenderlo, basta comparar sus tratados contra el episcopado con los delicados versos sobre la arquitectura eclesiástica y sobre la música del órgano en el *Pensativo*, poema publicado entónces. Aquella contradicción aparente realza, mas que nada, su carácter en

nuestro aprecio, mostrándonos cuánto debió sacrificar de sus inclinaciones interiores, de sus secretos afectos, á lo que consideraba un deber para con los hombres.

Réstanos mencionar lo que forma la mayor gloria del carácter político de Milton. Lo que intentó para derribar á un rey perjuro y á una jerarquía perseguidora, lo intentó asociando sus esfuerzos á los de los demas; pero le pertenece exclusivamente el honor de otra lucha, de la lucha que sostuvo por la libertad del alma humana. Millares de voces se levantaron con la suya contra el impuesto sobre las naves y contra la cámara Estrellada; pero hubo pocos que denunciases los males mucho mas funestos de la servidumbre moral é intelectual, y que apreciases los beneficios que resultar debían de las libertades de imprenta y de conciencia. Milton miraba estas cuestiones como capitales; deseaba que el pueblo pudiese pensar por sí, como imponerse por sí las contribuciones, y que se viese libre de la tiranía de las preocupaciones, no ménos que de la de Carlos. Sabía que los que no se cuidaban de tales reformas, contentándose con derribar al rey y á sus partidarios, imitaban á los hermanos imprudentes de su poema de *Comus*, que con la furia de arruinar la banda del nigromántico, olvidaban el modo de libertar á la prisionera; solo pensaban en vencer, cuando hubieran debido ocuparse en deshacer el funesto encanto que cerraba aun el paso al sano juicio popular.

Este noble objeto de emancipar la razón humana era el punto de mira de Milton; por él se unió á los presbiterianos, por él los abandonó; participe de los peligros de su guerra, torció la faz para no ver su insolente triunfo. Conoció que eran hostiles á la libertad de pensar, por lo cual se unió á los independientes, y suplicó á Cromwell que rompiese la secular cadena y que « salvase la conciencia libre de las uñas del lobo presbiteriano (1). » Por iguales motivos atacó el sistema de las licencias (*Licensing system*) en aquel sublime tratado que debería ser la carta y el evangelio político de todo hombre de Estado. Sus ataques eran generalmente mucho ménos directos contra los abusos particulares que contra aquellos errores arraigados en que se fundan casi todos los abusos, contra el culto servil de los hombres eminentes y el miedo infundado á la innovación.

Á fin de poder destruir con mas seguridad tales opiniones degradantes, eligió siempre el servicio literario mas atrevido. Para entrar en la plaza no esperaba á que se abriese la brecha; siempre se le veía en los primeros puestos y á la cabeza de los que subían al asalto. Al principio de la Revolución escribió con singular energía contra los obispos de Inglaterra; pero desde que su sentimiento pareció prevalecer, pasó á hablar de otros asuntos y abandonó el episcopado al tropel de escritores que gustan

(1) Soneto á Cromwell.

de insultar á los partidos caídos. No hay empresa mas arriesgada que llevar la antorcha de la verdad á aquellos lúgubres asilos, donde la luz no ha penetrado nunca; pero Milton encontraba placer en lanzarse al traves de los mortíferos vapores de la mina, y en arrostrar el terror de la explosión. Los que mas desapruban sus opiniones, deben respetar su valor; generalmente dejaba á los demas el cuidado de explicar y defender las partes populares de su creencia política y religiosa, para encargarse de aquellas que la pluralidad de sus contemporáneos rechazaba como culpables, ó á lo ménos como paradójicas. Así escribió en defensa del divorcio y del regicidio; ridiculizó el *Eikon Basilike*, y censuró el sistema dominante de educación. Su luminosa carrera puede compararse á la del Dios de la luz y la fecundidad:

Nitor in adversum; nec me, qui caetera, vincit
Impetus, et rapido contrarius evehor orbi.

Sus obras en prosa, muy poco leídas hoy, merecen, bajo el aspecto literario, la atención de todo el que quiere conocer las riquezas de la lengua inglesa; abundan en pasajes que dejan atrás las mas bellas amplificaciones de Burke, y no se puede uno cansar de admirar aquel tejido de expresiones enérgicas, á veces duro, siempre resplandeciente, semejante á una rica tela de oro y seda, en que el estilo es rígido por la magnificencia de los bordados. Ni aun en los primeros libros del *Paraíso perdido* se eleva como en aquellas partes de sus obras de controversia, en que sus sentimientos, excitados por la lucha, hallan desahogo en arrebatos religiosos y líricos. Es, para hablar como su maestro de lenguaje, « un coro de aleluya y de sinfonías. » Sentimos no podernos detener á analizar el *Areopagita*, el *Iconoclasta*, el *Tratado de la reforma*, las *Advertencias sobre el amonestante*. Cuando, hace poco, un manuscrito suyo inédito (*De doctrina cristiana*) vino á reanimar esta preciosa memoria, de golpe nos volvimos contemporáneos del gran poeta. Retrocediendo en el tiempo unos ciento cincuenta años, casi pudimos figurarnos revivir con este hombre excepcional, gran poeta y gran patriota, cuya vida y escritos no es posible estudiar sin experimentar deseos de imitar, no las sublimes obras con que enriqueció la literatura, sino su celo por la causa pública, su valor en soportar las desgracias privadas, su altivo desprecio de las tentaciones y de los peligros de este mundo, su odio á los hipócritas y tiranos, por último, la severa fidelidad que conservó á su país y á su gloria.

De ninguno de sus poetas han escrito los Ingleses tantas vidas como de Milton. La mas antigua se encuentra en los *Fasti Oxonienses* de Wood; el doctor Nicolls escribió la que se lee en la *Biographia britannica*; hay otras en Aikin, Chalmers y demas diccionarios biográficos, y ademas al frente de varias ediciones de sus obras. Las memorias en que se fundaron